



ESencial



abediciones

COLECCIÓN EDICIONES
ESPECIALES

Cumpliendo con puntualidad cada una de las metas de su proyecto personal de investigación (y, posiblemente, siendo en ello el último de los maestros modélicos en la ejecución rectilínea y coherente de un empeño de investigación que se dilata en el tiempo con saldos desarrollados y ascendentes), el padre Del Rey puede decir hoy, año 2015, que su tarea fue un constante y disciplinado esfuerzo por ver realizada una única y potente intención de estudio: la historia de las ideas y la cultura de los jesuitas en Venezuela, con énfasis en el período hispánico o colonial (tiempo nutricional de fundación y el momento en donde se echarían las bases de todo lo que después desarrollaría la Compañía de Jesús en el país). Desde el comienzo, el empeño sería comprendido no tanto desde los estrechos límites de nacionalidades que nunca estuvieron claras en el tiempo que estudia, sino desde la propia realidad organizativa de la Compañía en la América hispana y que reunía bajo la rectoría de la Provincia del Nuevo Reino de Granada, tanto a Venezuela como a Colombia, pero también a Ecuador, Panamá y Santo Domingo. Esta precisión viene a explicar la amplitud, radio de acción y complejidad investigativa del proyecto de estudio humanista y cultural del padre.

Francisco Javier Pérez

PRESENTACIÓN

MARÍA SOLEDAD HERNÁNDEZ BENCID.

Disertar acerca de los aportes de la Compañía de Jesús en Venezuela no es tarea fácil. Su labor es compleja, diversa y con raíces muy profundas.

Más de cien años han transcurrido desde su “silencioso” regreso, sin embargo, su accionar en el país y su apostolado educativo y evangelizador, es una radiante semilla que se exhibe con orgullo a lo largo y ancho del territorio nacional, y que representa la muestra más fehaciente de un incansable y laborioso trabajo, marcado por el compromiso, el servicio y el amor.

Numerosos hijos de San Ignacio han destacado, entre otros muchos oficios, como educadores, escritores, académicos e investigadores, importante misión que los ha llevado a ocupar sillones, en calidad de Numerarios, en las diferentes Academias del país, además de ser mercedores de importantes reconocimientos.

Es el caso del Reverendo Padre José del Rey Fajardo SJ, quien el pasado 2 de mayo del año en curso, recibió de manos del Rector de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, R.P. Jorge Humberto Peláez Piedrahita SJ, el Doctorado Honoris Causa en Historia Colonial Neogranadina, en acto solemne realizado en la Sala San Ignacio de la mencionada Universidad.

Es el Reverendo Padre José del Rey SJ, un “artesano de las letras”, como él se ha definido, un jesuita con extensa trayectoria en el área educativa que inicia en el Colegio San José de la ciudad de Mérida, y que prosigue como Decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Católica Andrés Bello; Asesor del

Ministerio de Relaciones Exteriores en materia de fronteras; fundador y Rector de la Universidad Católica del Táchira; fundador y Director de las Revistas *Paramillo* y *Montalbán*; actual Director del Instituto de Investigaciones Históricas y destacado investigador; compilador, escritor y bio-bibliógrafo de los jesuitas en Venezuela y Colombia, con énfasis en el período colonial; Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, y de la Academia Venezolana de la Lengua, así como de numerosas Academias internacionales.

Su extensa producción Bibliográfica, con más de 80 obras publicadas y otro tanto en artículos, discursos, ponencias y disertaciones, constituyen el enorme aporte de este destacado jesuita a la Historiografía nacional e internacional, hecho que le permite afirmar al actual Secretario General de la Asociación de Academias de la Lengua Española, Francisco Javier Pérez, lo siguiente:

“Es el Padre José del Rey, un historiador de la historiografía, de la lingüística, de la antropología, de la bibliografía, de la geografía, de la educación, de las humanidades y de la cultura en Venezuela”.

**DOCTOR HONORIS CAUSA
EN HISTORIA COLONIAL
NEOGRANADINA AL
P. JOSÉ DEL REY FAJARDO, S.J.**

JORGE HUMBERTO PELÁEZ S.J.
Rector Universidad Javeriana
BOGOTÁ, 2 DE MAYO DE 2018

Este es uno de esos días que, además de quedar registrado en los anales de nuestra Universidad, recordaremos complacidos todos nosotros, porque fue el escogido para otorgar el título de Doctor *Honoris Causa* en Historia Colonial Neogranadina al P. José del Rey Fajardo, S.J., un egresado javeriano que, a los veinte años de edad, poco después de terminar su Bachillerato en Zaragoza, su tierra natal, dejó España y siguiendo los pasos de tantos jesuitas a lo largo de los siglos, cruzó el Atlántico y vino a esta Universidad, la Javeriana, para iniciar sus estudios en Filosofía y Letras. Desde entonces, el Padre Del Rey estableció un poderoso vínculo académico con esta Casa de Estudios, que lleva la impronta de todos sus afectos.

Conceder esta altísima Distinción Universitaria, el Doctorado Honoris Causa, constituye de por sí, un hecho destacado en el acontecer institucional. Sin embargo, cobra mayor relevancia hacerlo en este día debido al beneficiario, al hombre a quien hemos querido honrar con este galardón, porque en él se han conjugado, como pocas veces ocurre en varones ilustres, virtud y letras, esos dos pilares fundamentales que sustentan toda la tradición educativa de la Compañía de Jesús.

Sobre este tema hemos escuchado en numerosas ocasiones al Padre Del Rey, quien por fortuna ha escrito muchas páginas al respecto; pero, sobre

todo, de virtud y letras nos ha hablado con su propia vida este querido jesuita que en buena hora puso su inteligencia y, sobre todo, su corazón en los claustros javerianos, que hace ya siglos fueron levantados en Bogotá, en esta hermosa y fría sabana de los Andes Colombianos.

Virtud, según la definición aristotélica que nos recuerda el P. Julio Luis Martínez, S.J., “es lo que hace bueno a quien la tiene y hace buena su obra”. Por su parte, *Letras* hace referencia a “la cultura intelectual propia de una época”, lo cual incluye las ‘letras de humanidad’, conocidas después como Humanidades, entre ellas las lenguas, en especial la latina y griega; lo mismo que la Filosofía y la Teología, esta última ubicada en el nivel superior de los saberes propios de la formación intelectual, según lo indica el P. Simón Decloux, S.J. De esta forma, *Virtud* y *Letras* nos conducen necesariamente al Humanismo Cristiano, al Humanismo Ignaciano.

Usted, querido Padre Del Rey, es un digno sucesor de esos grandes Humanistas que marcaron la época en la que vivió Ignacio de Loyola y nació la Compañía de Jesús. Pero, ¿qué significa ser un Humanista? La respuesta nos la ofrece el P. Manuel Briceño Jáuregui, S.J., el gran maestro que fue profesor suyo y también nuestro, de tantas generaciones de jesuitas, su amigo entrañable, para todos de muy grata recordación:

Humanista era un atributo reservado, por lo general, al hombre culto, feliz de poder utilizar la inteligencia y la razón; al hombre que confía en las potencialidades del espíritu y se muestra inquieto por ser perfectamente humano.

Eso ha sido el Padre Del Rey, un Humanista, como lo fueron también el Padre Briceño, formado a la sombra de otro grande, el Padre Félix Restrepo, S.J., los dos, según su ponderada apreciación, “íconos del Humanismo Jesuítico

Colombiano y ambos presidentes de la Academia Colombiana de la Lengua”. Ciertamente ha sido maravilloso el itinerario vital del Padre Del Rey, que tiene origen en Zaragoza, la señorial ciudad que a orillas del Ebro, venera a Nuestra Señora del Pilar, y que dejó en Usted ese acento inconfundible que los años vividos en nuestro continente no han podido borrar. En los considerandos del Acuerdo del Consejo Directivo Universitario, por el cual se le concede el título de Doctor Honoris Causa, que será leído en seguida, repasaremos, en apretada síntesis, su extenso *curriculum*.

Permítanme, entonces, que en mis palabras solamente haga referencia a unos pocos hitos de su labor académica. En primer lugar quisiera recordar cómo, gracias al trabajo del Padre Del Rey, fue posible terminar la obra *Los Jesuitas en Colombia*, que había dejado inconclusa el inolvidable P. Juan Manuel Pacheco, S.J., “jesuita vertical, educador insigne e historiador de quilates en quien la ciencia histórica colombiana perdió a uno de sus mejores hombres”, según palabras de Padre Del Rey. De esta forma, en 1989, en el marco de la celebración de los cuatrocientos cincuenta años de la fundación de la Compañía de Jesús, publicamos el tercer tomo de un texto que resulta de obligada referencia para el estudio de la historia de la Compañía en nuestra Patria.

En la nota liminar de este volumen, que cubre el periodo comprendido entre 1696 y 1767, el Padre Del Rey nos cuenta lo siguiente:

El día 30 de diciembre de 1986 alcanzaba la eternidad, en la sede de las Facultades Eclesiásticas de la Pontificia Universidad Javeriana, el R.P. Juan Manuel Pacheco, S.J., acompañado de sus dos incansables consejeros: la humildad y la discreción, virtudes tan exquisitas para el científico que estudia el cuerpo y el alma sociales.

(...)

En la última visita que le dispensé en agosto de 1986, -nos recuerda el Padre Del Rey-, me habló de su incapacidad para concluir la obra comenzada tantos años atrás e incluso -con la humildad del sabio- intentó sugerirme que fuera yo quien concluyera su Historia. Su gesto me emocionó profundamente y más cuando él conocía que mi producción científica estaba paralizada desde 1982 por la designación como Rector de la Universidad Católica del Táchira, con sede en San Cristóbal, Venezuela.

En estos párrafos podemos apreciar el talante del Padre Del Rey, “un discípulo, amigo, historiador y confidente” del Padre Pacheco, según lo señala en la presentación de dicho tomo el P. Gerardo Remolina, S.J., Provincial en Colombia por esos días, compañero del Padre del Rey en sus años de formación. Nos cuenta el Padre Remolina que cuando le preguntó al Padre Pacheco, en su lecho de muerte, acerca de confiar el trabajo para concluir esa voluminosa obra al Padre Del Rey, respondió así: “De él me fío plenamente”; frase elocuente que hace justicia al hombre de excelsas virtudes que ha consagrado su vida a las letras.

Otro trabajo del Padre Del Rey al que quisiera referirme en este acto, es el titulado *La Facultad de Teología de la Universidad Javeriana (1612-1773)*, que lleva el sello de nuestra Editorial y publicamos el año pasado; que completa ese cuidadoso trabajo realizado sobre las Facultades de Lenguas, de Artes, de Jurisprudencia, y la Cátedra de Lenguas Indígenas en la Javeriana Colonial.

En la Introducción encontramos una extraordinaria síntesis sobre los sucesos que antecedieron al establecimiento de la Universidad de los jesuitas en la capital del Nuevo Reino de Granada. Recuerda el Padre Del Rey que el 1º de enero de 1605 se reunió a las faldas de Monserate, que vigila la ciudad de Santafé, un grupo de jesuitas para soñar “algo grande”. Cua-

tro grandes figuras iluminarían la “búsqueda de algo inmenso” en las tierras neogranadinas que comparten el mar Caribe y los Océanos Atlántico y Pacífico.

Hace mención entonces de los Padres Diego de Torres, “representante de la vitalidad de la Orden de Ignacio de Loyola en tierras americanas”; y Martín de Funes, “hombre de inquieta y atrevida personalidad”, los dos “grandes arquitectos proyectistas” de la nueva fundación; así como de los Padres Juan Bautista Coluccini, el científico, y José Dadey, el humanista, “quienes significaban la inserción de la Italia renacentista en tierras neogranadinas”. Luego nos habla de esa estrecha relación entre la ciudad y la Compañía, pues a su juicio, la Plaza Mayor y la Manzana Jesuítica santafereñas son inseparables: han establecido un diálogo que a veces se identifica y a veces se contradice pues en última instancia es el hombre y las sucesivas generaciones los que piensan, sueñan, hacen y rehacen el ritmo de sus instituciones.

Entonces, hace notar una realidad que nosotros no siempre tenemos muy presente:

Esa Bogotá ha escuchado a la sabiduría de la Casa de los Saberes cuando las carencias han necesitado de sus luces, y sus intelectuales han tenido la obligación de interpretar dichas carencias y también las aspiraciones de los santafereños mucho antes que el diálogo. Han sabido mantener sus individualidades propias en un lar que las ha religado a un mismo destino: salir adelante de los laberintos de la historia. En definitiva, -concluye el Padre Del Rey-, la ciudad de los hombres y la ciudad de las ciencias nos habitan y son habitadas por nosotros.

Cómo no recordar aquí una bellísima frase del Padre Del Rey, acuñada en 2009: “Toda verdadera revolución comienza en el silencio de un corazón iluminado”.

La última referencia a la obra del Padre Del Rey que quisiera compartir hoy con Ustedes, tiene origen en ese ensayo, no muy extenso, titulado “La presencia científica de la Universidad Javeriana en la Orinoquia”, que preparó en 1992 con motivo de su ingreso como Individuo Correspondiente de la Academia Colombiana de la Historia. Este trabajo ilustra, -y de qué manera-, lo que fue el quehacer académico extramural, fuera del campus, de nuestra Universidad en el periodo colonial. En sus primeras líneas, leemos lo siguiente:

Si Manuel Aguirre Elorriaga sostiene que la historia de los grandes ríos americanos está vinculada de modo singular y por persistente coincidencia a grandes misioneros, escritores y descubridores jesuitas, con igual derecho podemos afirmar que la biografía científica de la Orinoquia está zurcida por la vida y los escritos de los hombres que egresaron de la Universidad Javeriana a lo largo de su existencia hispánica.

En este trabajo el Padre Del Rey nos enseña rasgos distintivos de nuestra identidad institucional, que hunden sus raíces en la Academia y Universidad de San Francisco Javier que nació en 1623 y desapareció siglo y medio después debido a la expulsión de los Jesuitas de los dominios españoles. Dice el Padre Del Rey:

Desde su propia génesis la Javeriana asumió dos proyectos históricos poco investigados en la historia del pensamiento social latinoamericano. El primero fue la defensa del negro iniciada por Martín de Funes, continuada por Alonso de Sandoval, consagrada por su obra *De instauranda aethiopum salute*, y perpetuada por Pedro Claver y sus seguidores hasta 1767. El segundo se vinculó a la lucha por la justicia no sólo de los indígenas de la sabana sino muy especialmente de las etnias que configuran los espacios profundos de la Orinoquia.

Y líneas adelante anota:

Hubo Rectores de la Universidad Javeriana, Profesores ilustres de la misma Academia pensadores como José Gumilla y Felipe Salvador Gilij, aventureros como Miguel Alejo Schabel, exploradores como Manuel Román y hombres, en fin, que entendieron la locura de la evangelización con la entrega que exigían los tiempos del barroco.

Señoras y señores: con estas pocas referencias a la obra del P. José del Rey Fajardo, S.J., queda sólidamente enmarcada la decisión que tomó el Consejo Directivo Universitario, acogiendo de manera entusiasta la propuesta de otorgar a este insigne egresado que ha llegado a ser una verdadera autoridad en la Historia Colonial Neogranadina.

Querido Padre Del Rey: con inmensa complacencia hemos expedido el diploma que Usted recibe en esta ceremonia y lo acredita como uno de los grandes académicos de nuestro tiempo, historiador insigne y experto en cartografía Orinoquense, que ha enaltecido la lengua castellana. Su presencia y su huella en estos claustros universitarios, en especial en el Archivo Histórico Javeriano “Juan Manuel Pacheco, S.J.”, baluarte de la memoria institucional, han enriquecido de manera extraordinaria nuestro quehacer académico.

El Padre Gumilla, en la Introducción de *El Orinoco ilustrado*, afirma que “la Historia, no sólo es abonado testigo de los tiempos; es, y debe ser también luz para todas las edades, y generaciones”. Usted, querido Padre Del Rey, ha hecho que esa luz sea más brillante y más fuerte, que llegue más allá de los límites que conocíamos; y por eso su Alma Mater siempre lo recordará con admiración y le estará perennemente agradecida.

**PALABRAS
PRONUNCIADAS POR EL
P. JOSÉ DEL REY FAJARDO, S.J.
AL RECIBIR EL DOCTORADO
HONORIS CAUSA EN
HISTORIA COLONIAL
NEOGRANADINA**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
BOGOTÁ, D.C., 2 DE MAYO DE 2018

Sea mi primera palabra de gratitud hacia esta mi Alma Mater, espacio zurcido de horizontes silenciosos y fantasías capaces de domesticar los espacios infinitos; asimismo pasión empeñada en ilustrar a sus hijos en la capacidad creativa de los saberes para que asuman el reto de las ciencias que los liberarán de los dolores del alma y de las plagas del cuerpo, así como también para advertirnos de la amenaza del tremedal de la barbarie que no perdona a quienes se arrojan a ella.

Gracias al Consejo Directivo por estimar como bien de ciencia la obra de este obrero de la investigación histórica que ha dedicado su vida al estudio de las etnias que habitan los espacios irredentos de la Orinoquia y su meditación al deber ser de la Universidad, al margen de las servidumbres que imponen los perfiles de opinión, los intereses sin rostro o la libertad entregada.

A todos deseo testimoniarles, con los sentimientos más nobles de mi gratitud, la satisfacción y orgullo que representa para este humilde humanista recibir el Doctorado Honoris Causa de esta emblemática Casa de Estudio para lo Superior.

Siempre he creído que los laureles del máximo honor académico nunca se merecen sino que provienen de la benevolencia del que los otorga.

El honor –como atinadamente expresa Jäger– es parte del ideal humano propio de las categorías del tardo Medioevo, herencia tanto de aquellos movimientos utópicos que se iniciaron con las Cruzadas, así como también de la angustia espiritual que revitalizó la ascética de la pobreza que, como una pleamar de la historia, había impregnado la piedad occidental desde el siglo XII.

Éste fue el contexto original del *Honoris Causa*. Así se explica que si el honor se mereciese se convertiría en un acto de restitución, o como diría Shopenhauer “si es lo suyo, no hay necesidad de dárselo”. Por el contrario, quien recibe el honor asume sobre sí la tarea interminable de restituir a la ciencia los espacios olvidados o desconocidos sin más opción que la palabra empeñada con magnanimidad, desinterés y conciencia del deber.

Meditar sobre la historia colonial de la Universidad Javeriana engendra en el historiador un compromiso y por ello es necesario interpretarlo para poder llegar a comprender la profundidad de su significado.

La primera Universidad Javeriana fue enterrada el 1° de agosto de 1767 cuando el Rey Carlos III decretó su muerte y expatrió a todos los Jesuitas de América.

Al abandonar la Nueva Granada camino del exilio los seguidores de Loyola dejaban atrás el señorío de la Universidad Javeriana, la gran casa de las ciencias y los saberes, donde durante casi siglo y medio trataron de diseñar y construir los planos de la nueva polis neogranadina –cultiva, justa y virtuosa– y la carta de navegar en las dimensiones éticas del ser humano.

En su solemne arquitectura seguirían resonando las voces de los catedráticos que habían enseñado los valores genuinos de la libertad predicados en todo el mundo por los grandes maestros jesuitas. En estas luchas entre el espíritu y la racionalidad los javerianos neogranadinos fueron tomando conciencia de los tres factores principales que trazaban las líneas de la nueva historia: la ciencia, la moral filosófica y el Estado de derecho. Y como maestros comenzaron a distinguir las ideas de las creencias, la fe de las expresiones culturales y la historia de la eternidad.

Asimismo, cómo decir adiós al gran capital humano y social que se había formado en el Real Colegio Mayor de San Bartolomé, ventana siempre abierta a las corrientes intelectuales provenientes de Europa y a la vez centro de suministro de ideas, libros e inquietudes para mejorar las virtudes cívicas y la comunidad del pensamiento...

Tampoco podían desalojar de su memoria la presencia de las juventudes que habían creado los sueños y compromisos del humanismo en las aulas de la Academia San Francisco Javier en donde había nacido la “Republica de las Letras” y con ella la fecundidad del “humanismo colombiano”. Allí aprendieron las juventudes a reivindicar la palabra débil que no es otra cosa que respetar lo que la palabra es: el lugar de la revelación del ser, al mismo tiempo que lugar del ocultamiento, lugar de luz y oscuridad, lugar de encuentro entre los humanos al igual que lugar de engaño mutuo. En última instancia, las palabras las fabrica el hombre pero sólo la ciencia y la virtud las cualifican y las moralizan.

Asimismo, cómo arrancar de su mente la serenidad grandiosa de la Iglesia de San Ignacio a la que miraban con ojos de nostalgia pero, a la vez, les reafirmaba su ideal en medio de la más profunda derelicción. En la solemnidad de su geografía y en el esplendor de sus funciones fueron

generando la memoria, los símbolos y los lenguajes formales del pueblo bogotano y lo dotaron de aquellos instrumentos que permiten analizar e imaginar, creer y crear, decidir, amar, sufrir y esperar. Cuántas conciencias habían encontrado a Dios en ese templo que en el fondo deseaba instaurar una sociedad que buscaba beber el deber ser como parte vital de una cultura que pugnaba por edificar la arquitectura de una identidad colombiana y mestiza.

De igual forma transferían a Colombia la mejor red de haciendas, modelos de racionalidad económica y optimización de los beneficios, que en última instancia constituye auténticos tratados prácticos de agronomía y economía agraria, riquezas que lamentablemente no llegarían al Estado sino a los particulares. Sin embargo, las mismas tierras conservaron los secretos de la industria ganadera y sobre todo la herencia del café, riqueza exquisita del campo colombiano que con tanto cuidado traería de Trinidad el P. José Gumilla.

A la hora de la expulsión hacia entrega la Compañía de Jesús a Colombia de una traición de defensa del negro, a pesar de las contradicciones oficiales, avalada por la acción heroica, silenciosa y anónima de decenas de jesuitas que se entregaron para redimir la raza esclavizada. Allí permanecerían como testimonios vivos el libro de Alonso de Sandoval (*De instauranda aethiopum salute*) “el único tratado antropológico, etnológico, sociológico y doctrinal sobre el negro en América” y la figura de Pedro Claver patrimonio de la negritud y refugio de esperanza en la literatura, arte, música y folklore de los hombres de ébano.

Decepcionante tuvo que ser para los misioneros el derrumbe del macroproyecto que habían diseñado para pasar de la dispersión poblacional indígena al intento de la reducción – municipio como ensayo de modernidad.

Sin embargo, las semillas del gran Proyecto Orinoquia ya se habían dispersado por todo el mundo occidental gracias a *El Orinoco ilustrado* del P. José Gumilla. Y la biografía de la Provincia de Guyana, la del gran Antonio de Berrío, nunca olvidará al Rector de la Javeriana Manuel Román, descubridor del Casiquiare en 1744 y el iniciador de las nuevas relaciones con las naciones del sur del Orinoco, así como de la nueva cartografía; ni a Bernardo Rotella, fundador de Cabruta y pieza clave no solo en las luchas anticarínicas sino forjador del nuevo equilibrio en la Babel étnica que vivía en los espacios surorinoquenses; ni a Francisco del Olmo y Roque Lubián genuinos hombres de frontera y sin cuya colaboración los hombres de la Expedición de Límites hubiera tenido que afrontar dificultades insuperables; ni al tunjano Agustín de Vega a quien se debe la luminosidad esclarecedora del comportamiento social y bélico del Caribe depredador del Orinoco, cuyo libro le merece exclamar a un especialista de la historia de la Guyana: “esta Crónica aparece en la bibliografía jesuítica e histórica de la Orinoquia, como un monolito único y ejemplar, pues no tiene algo similar en ninguna de las bibliografías coetáneas”; ni a Felipe Salvador Gilij a quien la historia de la lingüística indígena de América del Sur lo reconoce como el fundador del comparatismo en la región del Orinoco; en fin, ni al fruto de la experiencia y reflexión misioneras que proporcionarían a Colombia la inquietud por los estudios de sociolingüística y psicolingüística.

Y, mientras el poder real hispano los arrojaba de toda América, quizá nunca se imaginaron que con ellos desaparecía la memoria histórica de la provincia de Guayana que se extendía desde las márgenes del Orinoco hasta el río Amazonas y que el virreinato de Santafé se vería obligado a renunciar a lo que debió haber sido la Amazonia neogranadina, ribereña a lo largo de todo el río más grande de nuestra América.

Al regresar a la hora de mi madurez a esta ciudad rodeada por los páramos y los silencios, no puedo menos de recordar la descripción que de Granada trazó Federico García Lorca:

Granada, no es como las otras ciudades que están a la orilla del mar o de los grandes ríos, que viajan y vuelven enriquecidas con lo que han visto. Granada: solitaria y pura, se achica, ciñe su alma extraordinaria y no tiene más salida que su alto puesto natural de estrellas.

Esto explica que Santafé de Bogotá, como ciudad, se haya dejado seducir por la tentación de saciar su sed mirando a las estrellas y haya dejado para sus hijos la sed de aventura.

Hoy, muchos de los hijos de la Universidad Javeriana han viajado por todo el mundo y han vuelto enriquecidos con lo que han visto. En verdad es necesario trajar los grandes ríos y el mar para que el mundo se transforme pero también hay que reconocer que los grandes ideales tienen su puesto natural en las estrellas.

Y al ser interpelados por nuestra Alma Mater nos interroga sobre nuestra mística javeriana para verificar si sigue abrumada de espíritu pues es la clave para despertar las fuerzas de nuestra imaginación. Es imperioso enfrentarla a los deberes de la disciplina, de la tensión, de la lucidez y del compromiso.

El acto de esta tarde constituye una invitación a la esperanza y una reafirmación de que la finalidad primordial del humanismo javeriano es la conquista de la libertad interior, pues solo a través de ella podremos construir el bien de la sociedad en que vivimos y en la que deberíamos compartir nuestras responsabilidades.

Como decía Virgilio: los que tienen audacia la estrella siempre los lleva a buen puerto.

Este ejemplar
se terminó de imprimir
en Caracas, en mayo del año
2018. Para su diseño se utilizó la
tipografía Adobe Garamond Pro
a 11 pts., ha sido impreso sobre
Papel Bond 20 gr. Se realizaron 300
ejemplares, encuadernados en los
talleres de
Soincopy, C.A.

Diseño y Producción: **ab**ediciones
Diagramación: Isabel Valdivieso
Diseño de portada: Isabel Valdivieso
Corrección: **ab**ediciones

© Universidad Católica Andrés Bello
Primera edición 2018

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela
Por: SoinCopy, C.A.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de reproducción de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

R.P. José Del Rey Fajardo



“artesano de las letras”